

LIBRERIA DE NUESTRO TIEMPO
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 P.O. BOX 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII.

DEL ESTADO DE LA NUEVA-ESPAÑA EN 1810.

Dejemos á Gil Gomez corriendo detrás de Fernando, acercándose ambos al Estado de Guanajuato, y tendamos una mirada al estado de la Nueva-España en la época de nuestra narracion, que como el lector recuerda muy bien, es en los primeros dias de Setiembre de 1810. No podemos menos para trazar este cuadro, de repetir lo que otra vez hemos dicho en una tribuna popular.

Era el año de 1810: habian trascurrido tres siglos desde que Anáhuac, la perla mas preciosa del mar de Colon, habia ido á adornar el florón de la corona de Castilla. Ruinas ¡ay! ruinas morales quedaban de la nacionalidad de los aztecas: ya no la alegría de la libertad, sino el silencio de la esclavitud, triste y espantador silencio solo interrumpido de cuando en cuando por el sofocado gemido de la pesadumbre del esclavo! La diferencia inmensa de riquezas, estableciendo una diferencia espantosa de clases; el español acumulando inmensos tesoros; el mexicano empapando con el sudor de su frente y las lágrimas de sangre de sus ojos su profanada tierra, la tierra de sus padres, y con el

sentimiento de un pasado de libertad y un porvenir de servilismo, llorando; pero llorando con ese llanto del hombre esclavo que ahoga sus sollozos y sus suspiros, que cubre la desesperacion de su vergüenza con el manto engañoso de la conformidad; la hipocresía llevando su aliento de veneno hasta el rincón mas apartado del hogar doméstico; ahogando todos los sentimientos espontáneos del corazón, y marchitando en flor las esperanzas mas tiernas de la vida: el sacerdote indigno, órgano de los vireyes, apoderándose de los secretos de las familias, especulando con su llanto, dominando con el poder de la conciencia, enseñando por credo una obediencia ciega al virey: los privilegios y concesiones para el español bien nacido, el tributo y la estorsion para el indio, la inquisicion con sus sombras, sus venganzas y sus martirios: los fueros de una nobleza que no era nobleza: una nacion inerme, sin comercio; una nacion que no progresa, porque aun no comprende ni anhela comprender el espíritu civilizador del siglo; una nacion asida y arraigada á los ridículos fueros del siglo XV y á las viejas preocupaciones del XVIII; una gran nacion, en fin, que parece un gran convento.

Hé aquí el estado de la Nueva-España, estado funesto de despotismo del que parecia casi imposible salir. Sin embargo, un trono perfectamente consolidado en España, se habia abismado á los esfuerzos de un coloso, y el estruendo que produjo al caer y el clamoreo de los vencedores habian llegado á la Nueva-España como un eco perdido, eco que los dominadores intentaban apagar con el ruido de dobles y mas pesadas cadenas; pero los mexicanos comenzaban á comprender que el edificio monárquico mas sólidamente construido, cede á los esfuerzos de un gigante, y que muchos hombres unidos con el lazo de un martirio comun, una igual voluntad, un mismo deseo y sufrimientos semejantes, bien pueden formar ese gigante. El sol de la libertad recientemente conquistada en los Estados-Unidos, habia lanzado débiles, pero claros destellos sobre la noche de la esclavitud mexicana, alumbrando la inteligencia del hombre servil, y haciéndole ver que tambien la dominacion adquirida sobre un pueblo por el derecho de la fuerza, de la resignacion necesaria, del tiempo y la costumbre se pierde por los esfuerzos de ese mismo pue-

blo que tiene la conciencia de un existir social independiente, y que en el espíritu mismo, eminentemente progresador del siglo, encuentra una palanca con que auxiliarse: diversos movimientos insurreccionarios en algunas provincias de la dominada América Meridional y aun en la misma Nueva-España, con motivo del ataque de los comerciantes dirigidos por D. Gabriel del Yermo, contra el virey Iturrigaray, que habia sabido ganarse el cariño de la masa general de los mexicanos, aunque con descontento de la clase privilegiada, habian comunicado su oscilacion á todo el país, y habian venido por fin á hacer comprender á sus desdichados hijos, que tambien podia lucir para ellos en el horizonte de las edades, un día en que la vida de tres siglos de despotismo se tornara en encantada vida de libertad; en que el sol que hasta allí habia alumbrado humildes frentes inclinadas á la tierra bajo el peso del sufrimiento, lanzara sus consoladores rayos sobre la erguida y serena frente de hombres libres; pero ¿quién podria proferir esta palabra *libertad* fuera del círculo del hogar doméstico, sin temer que el viento del espionaje y de la denuncia la llevase hasta los oídos del orgulloso dominador? ¿qué mano se alzaria armada de una espada, sin que dos cadenas la sujetasen? ¿qué pecho lanzaria un grito de guerra, sin que mil puñales lo atravesaran? que voz de desesperacion podria llegar á unos labios, sin ser antes ahogados en una garganta? ¿qué ojos húmedos por las lágrimas del desconsuelo brillarian con la espresion del entusiasmo varonil sin ser cerrados á la luz purísima de Dios? ¿qué cabeza podria alzarse erguida al cielo, sin rodar ensangrentada á la tierra? . . .

Este era el estado de la Nueva-España en la época de nuestra narracion. ¿Qué podriamos añadir á lo que han dicho escritores tan eminentes como Alaman y Bustamante? Sin embargo, nosotros, jóvenes sin distinciones ni honores, y por consiguiente imparciales, nos atrevemos á hacer un reproche á estos grandes hombres de México. Nos parece que el extranjero que desde lejanas tierras, y por consiguiente, ignorante de nuestro carácter y de nuestros instintos, lea la historia de nuestra revolucion por Don Lucas Alaman, no puede menos de indignarse contra una colonia tan ingrata como México, que recibiendo,

segun este autor, toda clase de beneficios, de garantías, de civilizacion de la España, osó revelarse contra ella. Nosotros hemos derramado lágrimas al ver tratados por él, á los hombres que iniciaron nuestra independencia, como vagos, ladrones, tahures, ingratos ó asesinos; mientras que se trata á los dominadores como hombres clementes, bondadosos, nobles, que pagaban con actos de generosidad, los crímenes y los actos de atrocidad.

Es cierto que muchos de los hombres que trabajaron en la obra de nuestra independencia, eran salidos de la hez de nuestra sociedad, es cierto tambien que entre los españoles habia hombres notablemente benéficos; pero eso no forma una regla general y ¡ay! nunca un escritor debe valerse de su reputacion para calumniar y poner á los ojos del extranjero, como indigno, á un país ya desdichado y ya calumniado sin culpa; nunca debe desmoralizar al pueblo hoy desmoralizado ya, mostrándole los crímenes consiguientes á una guerra casi de castas, y no el noble principio que causó su emancipacion. El cuadro histórico de México que trazó el eminente patriota D. Carlos Bustamante, á pesar de estar escrito en un estilo sublime, que verdaderamente encanta y arrebatá, tiene sin embargo el defecto de caer en el extremo opuesto, de exajerar y dar un tinte novelesco á hechos demasiado sencillos, de pintar con colores demasiado vivos una crueldad en los dominadores que no siempre existia. D. Lerouzo Zavala es el escritor mas imparcial y mas esacto que hemos tenido, y sin embargo, hay en él un espíritu de parcialidad muy ligero, tan leve solamente como el que puede trasladarse en un libro escrito en un destierro, en climas extranjeros, con el recuerdo y las impresiones recientes de persecuciones injustas por enconos de partido.

Nosotros no profinamos la memoria santa de los muertos. Esos hombres eminentes ya no existen. Nosotros veneramos su recuerdo siempre tierno á nuestro corazon; como escritores, los admiramos y los hemos estudiado: como hombres públicos, los hemos respetado: cuando existian, los amamos con ternura; pero desnudados de todo espíritu de partido, amantes patriotas por corazon y por juventud, escritores desinteresados que nunca he-

mos manchado la limpia reputacion de los hombres de mérito por adular un partido y crearnos así una popularidad ficticia, creemos y nos atrevemos á decir, que el principal dote de un historiador es la imparcialidad, y mas nosotros mexicanos que necesitamos desvanecer las malas ideas que acerca de nosotros se tienen en Europa, ideas esparcidas por ingratos literatos extranjeros, que despues de recibir en nuestro país una franca y generosa hospitalidad, nos han vendido como villanos al volver á su patria.

Como hemos dicho ya, los mexicanos al ver el estado de duda y aun de temor del gobierno, comprendian que era necesario que se efectuase un cambio, aunque no sabian de qué especie y acaso el mas remoto de todos les parecia el sacudimiento del yugo de la península, puesto que no habia unidad de pensamientos desde el gobierno de Yturrigaray, que como hemos dicho era el ídolo de los mexicanos que formaban la clase mayor y mas miserable, y habia sido detestado por casi todos los españoles que casi constituian la clase privilegiada, el arzobispo D. Francisco Javier Lizana y Beaumont que habia sido elevado al vireinato, verdaderamente por los comerciantes ó *parianistas*, no fué amado ni odiado, puesto que era un anciano pacífico y rezador que no hizo ni bien ni mal, permaneciendo una gran parte del tiempo de su gobierno, postrado por sus enfermedades y achaques, en una cama donde no hacia mas que firmar las órdenes y disposiciones dictadas por los oidores ó intendentes y que necesitaban el sello vireinal. En lo único que habia unidad de pensamientos entre españoles y mexicanos, era un amor entrañable á Don Fernando VII rey de España, á quien se llamaba con cariño y respeto "El deseado" y una aversion y odio profundo á Bonaparte, á su hermano José y á Joaquin Murat á quienes se pintaba con los colores mas negros, prodigándoles los epítetos mas injuriosos en anónimos versos que se imprimian sueltos y aun en el "Diario de México," periódico que daba todas las importantes noticias que se tenian de la península, acerca de la invasion del ejército francés. De aquí comenzó á resultar una division de opiniones y un germen de discordia, que casi desde la famosa conjuracion del marqués del Valle, no se

habia notado, habiendo frecuentes disputas y aun riñas entre los adictos al rey Fernando, que como hemos dicho, formaban la mayor parte y los adictos á Bonaparte ó *Napoleonistas*; por consiguiente, en las provincias de Veracruz, Puebla y México que estaban en comunicacion mas directa con la península, estaban los ánimos preocupados con la invasion francesa. No sucedia lo mismo en las de Querétaro, Guanajuato, Valladolid y otras de *tierra-adentro*, donde se trataba del gobierno de la Nueva-España y en donde comenzaba á notarse una division bastante marcada entre españoles y mexicanos, tal vez á causa de la diferencia de riquezas que allí mas particularmente se podia notar, siendo los primeros los poseedores de inmensas haciendas, que aunque empleaban un gran número de indios, les trataban sin embargo de un modo demasido cruel y tiránico.

Finalmente, pocos dias antes de la llegada al país del virey Venegas, se habia descubierto una conspiracion en Querétaro, en la cual estaban interesados el corregidor de la ciudad Dominguez y su esposa, mujer varonil, emprendedora, que aborrecia á los españoles y amaba entrañablemente á los criollos, que mantenía numerosas relaciones con personas eminentes de todas las clases de la sociedad, como militares, sacerdotes, grandes empleados y aun hombres del pueblo, esta conjuracion se ramificaba estensamente en casi toda la provincia de Guanajuato. Se trataba de dar el golpe que consistia en apoderarse de todos los empleados de categoria de la ciudad en la noche del 22 de Agosto; de sobornar á la guarnicion, muchos de cuyos oficiales estaban comprometidos en la conspiracion y así que se contara con todos esos elementos, de pedir un cambio completo en el personal del gobierno: pero los conjurados, que se reunian en la casa del corregidor algunas noches bajo el pretexto de una tertulia literaria, fueron demasido torpes y la conspiracion por consiguiente fué descubierta, habiéndose cateado la casa de dos de los principales personajes de ella, los hermanos Gonzales, y encontrado papeles importantes, armas, provisiones de guerra, á pesar del retardo en obrar del mismo corregidor Dominguez, que fué el que recibió la orden del intendente de prender á su cómplice.

El virey Venegas, que era el que sustituía á Lizana y Beaumont, habia desembarcado en Veracruz el 25 de Agosto, y habia recibido la noticia de esta conspiracion en Jalapa, dos dias despues; con la cual siguió su camino para la capital adonde llegó el 14 de Setiembre. Este personaje, que el rey de España enviaba á México para desembarazarse de él, segun decian, siéndole inútil como brigadier, puesto que habia obrado torpemente en la batalla de Almonacid, adonde fué derrotado por el general Sebastiani que mandaba una fuerza tres veces menor que la suya; pero hombre sagaz y astuto en el gabinete, dotado de una gran sangre fria en las circunstancias mas dificiles y apuradas; llegaba ciertamente en muy mala época, en época en que como hemos dicho se habia generalizado las ideas de rebelion y aun de independenciam; ademas, fué bastante mal recibido, puesto que se creia que era partidario de Bonaparte y que en la batalla de Almonacid habia obrado por soborno y acuerdo con los franceses; de manera que el descontento era ya general en la Nueva-España. Recordamos la terminacion de unos versos anónimos que se imprimieron en la capital el dia de su llegada, aludiendo al traje con que se presentó, que era muy semejante al que usaban los generales de Bonaparte.

Sombrero, solapa, cúellos,
Las botas y el pantalon,
Todo nos viene anunciando
La hechura de Napoleon.

La conjuracion de Querétaro, como hemos dicho, se ramificaba estensamente, siendo uno de sus principales caudillos Don Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores, en la provincia de Guanajuato, que estaba ademas de acuerdo con la mayor parte de los oficiales del regimiento de dragones de la reina y mas principalmente con los capitanes D. Ignacio Allende, D. Juan Aldama y D. Mariano Abasolo, y el páisano D. José Santos Villa, que vivia con él en el curato.

Era Hidalgo un anciano de mas de sesenta años, de genio afable aunque naturalmente melancólico, habia hecho sus estu-

dios con muy buen provecho en el colegio de San Nicolás de Valladolid, pasando á servir al curato de Dolores por muerte de su hermano D. Joaquin, adonde se ocupaba los ratos que le dejaba libres su ministerio, en el cultivo y cuidado de viñedos y moreras, en proyectos de mejoras materiales en el pueblo, fundando varias escuelas, una fábrica de teja y ladrillos, otra de pólvora y fundicion; era tambien muy afecto á la música y habia creado una escoleta, á la cuál él mismo solia asistir algunas noches. Hacia frecuentes viajes á Guanajuato, adonde tenia estrechas relaciones con el intendente de esta provincia, Riaño y su familia; hacia cuatro meses que estos viajes eran demasiado frecuentes sin que se supiese el objeto, solamente se conocia que andaba triste y preocupado por algun grave cuidado.

A mediados del mes de Agosto, se despedia de sus amigos en Guanajuato, con las siguientes palabras:

—Creo que en los primeros dias de Setiembre, volveré bastante acompañado.

¿Qué idea triste lo preocupaba de esta manera tan notable?

¿Qué pudo hacerle pensar en la independenciam de la Nueva-España.

Dificil es saberlo. Sus enemigos han dicho que la ambicion, que la envidia que le causaba el ver que los religiosos americanos nunca podian llegar á las elevadas categorías de la Iglesia, como los españoles, que desempeñaban constantemente las canonjias y los obispados. Otros han dicho que el simple deseo de hacer independiente del yugo de la península á su patria.

Lo primero es una calumnia.

Lo segundo es una exajeracion.

No podia pensar él, que era naturalmente pacífico y bondadoso, en conseguir una dignidad por medio de una revolucion de tan dudoso éxito.

No podia creer posible en aquella época, ó si lo creyó fué un Dios, en sacudir un yugo de tres siglos, que contaba en su apoyo la costumbre, el tiempo, los lazos de familia, las preocupaciones, la ignorancia, la poca estension de las ideas de libertad, hoy tan generalizadas.

No... Hidalgo al principio solo pensó en la felicidad de la clase indígena, á quien amaba; despues cuando pudo notar el efecto que su movimiento habia producido en todo el país, pensó en legar á la generacion venidera una libertad, que él no podría gozar porque debió presentir lo que le esperaba; pero hizo el sacrificio de su vida en las aras de la patria.

Entre las muchas anécdotas que hemos oido referir acerca de las causas que motivaron la resolución de Hidalgo, no podemos menos de contar á nuestros lectores, una que hemos oido relatar siendo niños, en nuestro país natal, á las nodrizas y gente del vulgo.

Hidalgo dormitaba una tarde á las tres en un sillón de su sala; un antiguo amigo, (cuyo nombre no refiere la crónica), que habia venido á pasar con él una temporada en el curato, hacia lo mismo en un canapé. Era el mes de Marzo, el calor era ardentísimo. Un ruido demasiado ingrato, el de varias cornetas y atambores, que aprendian á tocar en la plaza hácia la que daba el curato, unos soldados de un regimiento de tropas que últimamente habia venido á acantonarse en el pueblo, llegaba hasta los oídos de los dos amigos impidiéndoles conciliar el sueño.

—¡Cuánto ruido hacen esas cornetas y esos tambores, murmuró Hidalgo, renunciemos amigo mio á dormir la siesta, porque no podremos conseguirlo.

—Malditos *gachupines*, ni descansar me dejan, murmuró el soñoliento huésped con descontento.

—Somos en efecto, víctimas de su orgullo y de su tiranía, continuó el cura levantándose de su sillón y paseándose por la sala con una triste lentitud.

—Ya ve vd, don Miguel, de qué modo tratan á nuestros pobres indios, que son por derecho los únicos dueños de este rico y fértil suelo; se han apoderado de nuestras riquezas, son los poseedores de todo lo que nos debia pertenecer y nos tratan como esclavos, dejándonos sumidos en la ignorancia y el servilismo, dijo el huésped con acento reconcentrado de cólera y desprecio.

Derrepente, el cura se quedó parado en medio de la pieza con los ojos clavados en el suelo, con las manos sobre su frente, como si un pensamiento dominador, una idea gigantesca lo avasa-

llase. Despues cerró con precaucion las puertas y se acercó lentamente al canapé en que reposaba su amigo, mirándole fijamente y diciendo en voz baja, tan baja como si temiese ser escuchado:

—¡Vamos haciéndonos independientes de ellos y arrojándolos de nuestra patria?

—Silencio, don Miguel, ¿quiere vd. acaso morir? dijo el huésped con muestras visibles de espanto.

—¡Qué importaria la muerte, si yo consiguiese la felicidad de los indios?

—¡Pero está vd. loco acaso, amigo mio, no se imagina que destruir un yugo de tres siglos, es un sueño de febricitante?

—¡Y si lo llegase á realizar?

—Si lo llegase vd. á realizar, lo consideraria como á un dios.

—¡A cuántos estamos hoy? preguntó el cura visiblemente conmovido,

—A 21 de Marzo de 1810.

—¡Me promete vd. amigo mio, juntarse conmigo precisamente dentro de un año, para que hablemos de este mismo asunto y entonces se convencerá de si es posible lo que acabo de decir? dijo el cura.

—Sí Dios me presta vida, le juro á vd., don Miguel, que nos juntaremos, si por otra parte aun no ha sido vd. muerto.

Un año y medio despues de esta conversacion, precisamente el 1º de Agosto de 1811, un gran acontecimiento preocupaba á los vecinos de la villa de Chihuahua, los insurgentes habian sido derrotados y su principal caudillo, el que habia iniciado la revolucion, el cura de Dolores don Miguel Hidalgo y Costilla, habia caido prisionero é iba á ser fusilado dentro de muy pocas horas. Momentos antes de ser conducido al patíbulo, un hombre se presenta suplicando que se le permita hablar algunas palabras con el cura, porque éste debe hacerle algunos encargos postremos. El jefe español Salcedo, se niega primero abiertamente á conceder esta entrevista, pero por fin, viendo que nada hay ya que temer de un hombre á quien se conduce al patíbulo, accede á la peticion del solicitante que es llevado delante del reo.

—¡Don Miguel, ¿se acuerda vd. de nuestra promesa de hacer

un año? le dice el amigo estrechándolo entre sus brazos y sollozando silenciosamente.

—En eso pensaba nada menos hace un momento, y aun creía que faltase vd. á ella, porque el plazo ha pasado ya hace algunos meses, le respondió el cura tranquilamente, como si le esperase para una fiesta.

—¡Ay! amigo querido, es cierto que ha cumplido vd. lo que pensó; pero también es cierto que se ha realizado lo que le pronostiqué.

—¿Qué importa la muerte, cuando la conciencia está tranquila, cuando se ha legado á un país su libertad? porque esta revolución que yo he iniciado, ya no terminará sino con la independencia de nuestra patria.

—¡Oh! no, no terminará, mientras haya corazones nobles y honrados de mexicanos, don Miguel, se lo juro á vd., mientras cada hombre tenga un amigo, un hermano á quien vengar, esclama el valeroso y honrado insurgente.

—Adios, mi leal amigo, adios para siempre.

—Adios, don Miguel, ¡alma sublime que ha conquistado el cielo con el martirio! adios para siempre.

Y el cura de Dolores, despues de haber estrechado á su amigo entre sus brazos, marchó con paso firme al cadalso.

Ahora que ya conocemos el estado de la Nueva-España en 1810, ahora que ya sabemos quién es el cura Hidalgo, ahora que ya hemos visto descubierta la conspiracion de Querétaro, volvamos á tomar el hilo de nuestra historia.

IX.

DE LO QUE PASABA EN EL PUEBLO DE DOLORES LA NOCHE DEL 15 DE SETIEMBRE DE 1810.

Eran las doce de la noche. Reinaba un profundo silencio en toda la estension del pueblo de Dolores. Ni un rumor, ni una luz, ni nada que indicase que alguno de sus habitantes estuviese despierto. Sin embargo, en una de las ventanas del edificio mas vasto, cuyas sombras se destacaban algo mas imponentes sobre el techo de las demas casas, se veia brillar una luz ténue, vaga, como la que produciria una lámpara próxima á estinguirse.

¿Qué escena alumbraba aquella modesta luz?

¿Quién velaba á horas tan avanzadas de la noche en aquel aposento del pobre curato?

Derrepente la profunda calma de la noche fué turbada por las pisadas de un caballo que se acercaba, interrumpiendo la solemne monotonía de las calles.

¿Quién tan á deshoras interrumpe el silencio?

Si era un viajero, debia ciertamente seguir adelante su camino, porque nada indicaba que en aquel miserable pueblo hubiese una posada, y en todas las casas dormian profundamente.